

SERMON

PRONUNCIADO

EN EL TEMPLO DE CAPUCHINAS,

RESIDENCIA ACTUAL

DE LA

IMAGEN GUADALUPANA,

EL DIA 12 DEL ACTUAL,

POE EL

Sr. D. Fortino H. Vera,

Prebendado de la Insigne Colegiata de nuestra Señora
de Guadalupe y miembro de la Sociedad mexicana
de Geografía y Estadística.

*Tomado con taquigrafía por el «Heraldo» y revisado después
por el orador.*

QUERÉTARO.

Imp. de Luciano Frias y Soto.
Flor-baja núm. 12.

—
1890.

A



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

GOBIERNO ECLESIASTICO

DEL

OBISPADO DE QUERETARO.

Habiendo leído con mucha satisfaccion en el "Heraldo" número correspondiente al 14 de Diciembre, el Sermon que predicó el Sr. Prebendado D. Fortino Hipólito Vera, el dia 12 del corriente, en la solemne funcion que se hizo en la Iglesia de Capuchinas anexa á la Insigne Colegiata guadalupana, para solemnizar el aniversario de la maravillosa Aparicion de nuestra Patrona nacional la Santísima Virgen María de Guadalupe, cuya portentosa imágen se venera en dicha Iglesia; y considerando que es muy conveniente que los fieles tengan conocimiento de los argumentos con que el elocuente orador, prueba la tradicion guadalupana, para corroborar la fé piadosa del pueblo mexicano, disponemos con mucho gusto, que dicho Sermon se imprima y circule entre los fieles, recomendando su lectura á nuestros amados diocesanos.

Dado en Querétaro á 18 de Diciembre de 1890.

✠ RAFAEL,
Obispo de Querétaro.

P. M. de S. S. I.
Pbro. Manuel Rivera,
Pro-Secretario.



Beati oculi qui vident quæ vos videntis.
Bienaventurados los ojos que ven lo que
vosotros veis. (San Lucas, cap. X. v. 23.)

Huy Klustre y D. Cabildo:

EXISTEN hechos tan grandiosos en el orden religioso, que sería necesario el lenguaje de los ángeles, para enunciarlos debidamente. A esta clase pertenece, sin duda alguna, el fervor con que al comenzar la última década del siglo XIX se celebra en esta Santa Casa y en la vasta extensión del Anáhuac, el trecentésimo quincuagésimo noveno aniversario de la milagrosa aparición de esta bendita Imagen de Nuestra excelsa Patrona, ante el V. Sr. D. Juan de Zumárraga, primer Obispo electo de México, en la humildísima *tilma* del venturoso neófito Juan Diego.

Ciertamente, señores. ¿Quién habrá entre vosotros, católicos, apostólicos, romanos, que al contemplar esta celestial pintura no se sienta trasportado á los felices días de Diciembre de 1551 en que, á semejanza de la Esposa

del Cantar de los cantares, se apareció en estos riscos del Tepeyac, la Madre de Dios, como el alba al levantarse, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército de escuadrones ordenado contra el reinado de Satán, á quien los aborígenes del país ofrecían víctimas humanas?

¿Habr  alguno que habiendo recorrido las luminosas páginas de la historia guadalupana, prosternado hoy ante este Prodigio de las infinitas misericordias del Altísimo para con nosotros, al recordar las amorosas y tiernas palabras de la Santísima Vírgen, dirigidas al dichos simo neófito, ofreciendo su protección al país; no vea desde entonces abierto para los mexicanos el Templo de Dios en esferas celestes, y en medio de él   la Reina de los  ngeles, arca del eterno Testamento, reconciliando al cielo con la nación mexicana?

 A qu  mayor gloria puede aspirar México, nuestra amada Patria, que   haber sido escogida, all  en los consejos eternos, para que en ella apareciese la grande señal de que habla San Juan en su Apocal psis: "cuando vi  en la Isla de Patmos   una maravillosa mujer cubierta del sol, y la luna debajo de sus piés, y en su cabeza una corona de doce estrellas?"

En verdad, señores, ante tan grandioso acontecimiento, decretado en la eternidad divina y perpetuado en ese fiel trassunto, obra del divino Apeles, solo puedo explicar vuestra piados sima devoción valiéndome de las palabras del adorable Maestro, cuando refiriéndose   su sagrada Persona: "Imágen de Dios invisible," según la expresión del Apóstol, decía   sus discípulos: "Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis." "Bia i oculi qui vident qu e vos videtis."

Felices,  h! muy felices somos, Dios Santo, todos los que admiramos los prodigios que veía al través de los tiempos el Salmista cuando decía: "Venid y ved las obras del Señor, las maravillas que puso sobre la tierra."

 Ah! si los actuales fueran como aquellos dichos días de f , en que al pronunciarse los sant simos nombres de Dios   de su bendita Madre, todos se apresuraban   expresar su profundísima adoracion. Nos ha tocado vivir en una época de prueba, en que al salir una alma compungida del templo, tropieza   poco andar con el propagandista impío que ridiculiza lo más santo y adorable, negando hasta la existencia de un S r Supremo, escrita con caracteres imborrables en la bóveda de los cielos, en las flores de los campos y sobre las olas de los mares. Nos hallamos en tales circunstancias, que no basta al orador cristiano ensalzar los favores divinos, sino que tiene que presentar los fundamentos de ellos.

Voy   manifestar, por lo mismo, que la milagrosa aparición de la Santísima Vírgen de Guadalupe, fué una verdad histórica y una grande necesidad de la época en que se realizó tan gran suceso; necesidad que corresponde al actual sentimiento nacional guadalupano, que pone de buen grado la esperanza y defensa del porvenir de México en esta bendita Imagen.

Vírgen Santísima: Bien notoria es mi insuficiencia para loarte en este día, que es el gran día de la Patria.

Solo confiado en los auxilios que pródigas   los que se acogen á tu protección, acept  esta honra que me ha dispensado el V. Cabildo, atalaya avanzado de tu Santísima causa. Alcanzadme de tu Divino Hijo la gracia necesaria para desempeñar mi cometido, mirando que te saludamos con las palabras del  ngel: Ave Maria.

Beati oculi qui vident quæ vos videtis.
 Bienaventurados los ojos que ven lo que
 vosotros veis. (Evang., cap. y vers. cit.)

La milagrosa aparición de esta bendita Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, es una de las tradiciones eclesiástico-mexicanas que descansa en los más sólidos fundamentos. Así como ningún católico, apostólico romano se atrevería no solo á combatir, pero ni siquiera á poner en duda la Presentación de María Santísima en el Templo, su admirable Resurrección, y gloriosa Asunción en cuerpo y alma, á los cielos y otros hechos maravillosos de sus pasos por la tierra; así tampoco debe vacilar el católico mexicano del origen celestial de esta bellísima Pintura. Tanto esta Maravilla como aquellos prodigios, plenamente han sido comprobados por la más indestructible tradición. Es tal el vigor de esta prueba histórica, que sin ella quedaría sin fundamentos la historia. San Agustín se convirtió al catolicismo en vista del unánime consentimiento, con que lo habían abrazado antes que él innumerables pueblos y naciones. *Plura me in Ecclesia justissima tenet consentio populorum et gentium.*

Al examinar los fundamentos de la venerable tradición guadalupana, descuella en primer lugar la primitiva ermitilla edificada aquí, no con el simple carácter de templo sino con el de Santuario en toda la extensión de la palabra, juzgado con razón por la más sana crítica, como un monumento que por sí solo basta para demostrar la milagrosa Aparición. Sabido es, de cuantos han saludado la historia de la Iglesia, que antiguamente ningún Santuario se erigía sino á insignes reliquias. Siendo el título de Madre de Dios, ó sea la bendita Imagen que venera-

mos, según un documento auténtico del siglo XVI el fundamento de la ermita edificada en tiempo del Illmo. Sr. Zumárraga, nada más se necesita para concluir que un tan V. Prelado no lo habría erigido á no estar plenamente convencido de que esa Sacratísima Imagen fundamento de la devoción, era más que reliquia insigne, era de origen celestial. Ni dudarse puede que el primer Obispo y Arzobispo de México, levantara tan elocuente monumento. La historia más verídica dice, que cuando arribó al país el segundo Metropolitano de la Archidiócesis, ya existía la iglesia de Tepeaquilla (Santuario guadalupano), y estaba ya muy difundida esta devoción en la Nueva España. ¿Cómo, pues, poner en tela de juicio lo que con tan elocuente voz publica dicho monumento: que fué voluntad de la Santísima Virgen que, en este lugar santificado con su presencia, se levantase un templo en que se mostrara la más grande de las Madres de los mexicanos? ¿Cómo no creer que en testimonio de ello se apareció en esa *tilma* al V. Prelado, que sin pérdida de momento procedió á construir dicho templo? ¿Cómo dudar que ante esa bendita Imagen, cuya sola presencia produce tan misteriosas emociones, derramase copiosísimas lágrimas aquel virtuosísimo Obispo, quien con los pies desnudos la trasladó con la mayor solemnidad de su casa episcopal al primitivo Santuario?

Favorecido con tan insigne prodigio el egregio Zumárraga, modelo de Prelados, Varón Apostólico, de ejemplar humildad, á otro que no á él, correspondía autenticarlo; á otro que no á él tocaba hacerse lenguas para publicarlo. Jamás las almas virtuosas han hecho ostentación de las gracias excepcionales que les ha dispensado el cielo. Crueldad y grande es, señores, exigir que tan venerable Religioso